

Reconocimiento en 1960 de la medalla de Ifni-Sáhara para Ángel Roqueta.



Ángel Roqueta Ginés en una reciente fotografía (Foto JAP).

UN ANDORRANO EN LA

LA «GUERRA OLVIDADA»

La última guerra colonial española pasó desapercibida en la península. Un silencio mediático, como decimos hoy, ocultó a los españoles por decisión del gobierno de Franco toda la información referida a la conocida como guerra de Ifni, que transcurrió de octubre de 1957 a abril de 1958. Los territorios que le restaban a España del África Occidental Española (tras la independencia de Marruecos en 1956), o sea el Sáhara Occidental, Tarfaya e Ifni, sufrieron una serie de incursiones de insurgentes procedentes del Ejército de Liberación Marroquí, lo que provocó múltiples enfrentamientos armados en esos

territorios y un asedio fracasado de la ciudad de Sidi Ifni.

La censura de prensa fue tan estricta que pocos españoles conocen hoy la existencia de esa guerra que, por tal motivo, se suele denominar como «olvidada». Hoy, cuando están a punto de cumplirse los cincuenta años de su inicio, y es una época de recuperación de la memoria histórica, parece inevitable recordarla. Y lo vamos a hacer en estas páginas de la mano de una andorrano que vivió los hechos en primera línea de combate.

Ángel Roqueta Ginés nació en Andorra en 1940, de familia trabajadora y trabajador toda su vida, con una conciencia social

que le ha empujado a seguir trabajando por los demás aún después de su jubilación por invalidez. Fue pastor, ya a los ocho años, minero, militar, camionero por cuenta ajena y por cuenta propia, conductor de ambulancias cuando la construcción de la Central y, finalmente, mecánico en la mina Innominada. Participó con gran protagonismo en las fundaciones del PSOE y de UGT en Andorra (1978), concejal por el PSOE en las primeras elecciones democráticas (1979), fundador de ACOTE (hoy ACOM) y es todavía, después de 20 años en su directiva, presidente de ABATTAR, cargo en el que ya lleva cinco años.

La historia que con él nos incumbe empieza el 1 de septiembre de 1956, cuando ingresó como voluntario en el Ejército "harto de ir al ganado y a la mina". Tuvo que recurrir al engaño sobre su fecha de nacimiento para lograr alistarse ya que le faltaban dos días para cumplir la edad mínima legal para el alistamiento voluntario, que era la de 16 años. Su destino fue el Regimiento «Belchite 57», de ametralladoras, sito en el cuartel del Príncipe (la Aljafería) de Zaragoza. Enseguida se apuntó a la escuela de alfabetización pues su idea era dotarse de una formación a la que no había tenido ocasión de acceder hasta entonces para poder labrarse así un futuro fuera de Andorra, donde no veía mucha posibilidad de mejora. Era tal su voluntad que después de superar el curso de cabo se presentó al examen de cabo primero, grado que consiguió con tan sólo 17 años ("con el número cinco, el más joven de España", dice con orgullo).



Roqueta en Hussingún, junio 1958 (Foto cedida por A. Roqueta).

GUERRA DE Ifni

Javier Alquézar Penón

ÁNGEL SE VA A LA GUERRA

La rutina de la vida de cuartel se rompió de improviso. Nadie podía esperar que sucediera algo como lo que pasó. Ángel se enteró de que iban a convertirse en una fuerza expedicionaria de una forma casual, en el baile del Iris, gracias a una confidencia del asistente del capitán Ezquerro. Pero no sabían a dónde irían destinados. La compañía de ametralladoras de Ángel partió de Zaragoza en ferrocarril hacia Sevilla el día 26 de diciembre de 1957 habiendo disfrutado de tan sólo un día de permiso en las fiestas navideñas. Ángel ni siquiera eso, pues tuvo que velar por el armamento depositado en la estación. En la capital hispalense embarcaron en el «Ciudad de Palma», un barco carguero, con destino a las Palmas. En Cádiz recogieron a dos compañías del «Soria 9» de Sevilla. En la isla permanecieron unos días hasta que les dieron una nueva orden de embarque, esta vez en avión. Sólo entonces, cuando los metieron en camiones para trasladarlos al aeropuerto de Gando, supieron que su destino era Ifni.

En viejos aviones Douglas aterrizaron en el aeródromo de Sidi Ifni el día de Nochevieja sobre las 6 ó 7 de la tarde. Su primera impresión fue «de pánico: a uno de los aviones precedentes al mío, en el que viajaba el material del armamento, se le incendió un motor porque le impactaron. El aeródromo, defendido por paracaidistas, estaba batido desde el monte. Daba sensación de mucho desorden: había paracaidistas, legionarios, de infantería....»

Esa misma noche se encontró con que se



Posición de Tiradores de Ifni (Foto *La mirada del Tiempo*, *El País* vol. 5).

había organizado un espectáculo en la ciudad para animar a la tropa. Actuaban Carmen Sevilla y Gila junto a otros actores y se repartieron regalos recogidos por un programa de *La Voz de Madrid*. Él no pudo acudir a la función pues seguía «de servicio permanente» vigilando el armamento. Enseguida le comunicaron que tenía que ponerse con sus hombres (dos escuadras de ametralladoras) a las órdenes de un teniente de la legión, un vasco, Mariguach cree recordar que se llamaba. Al día siguiente, «al monte». Ángel entró de lleno en la guerra.

La guerra había comenzado en octubre de 1957 cuando «bandas incontroladas» del Ejército de Liberación de Marroquí, conducidas por el dirigente del Istiglal, Ben Hammn, y alentadas por el deseo del monarca alauita, Mohamed V, rey desde el año anterior, de recuperar las tierras «históricamente vinculadas» a Marruecos, se fueron infiltrando por los territorios de Ifni y del Sáhara Occidental. La noche del 23 de noviembre de 1957 estuvo a punto de ocurrir una catástrofe de no haber sido por la fidelidad de un policía nativo que alertó a su capitán. De no ser así, la guarnición y la población de Sidi Ifni hubieran podido ser asesinados en un ataque sorpresa. Es la noche de la célebre anécdota que cuen-

ta el periodista Jos Martín que le sucedió a su padre: un soldado se le presentó de madrugada con el siguiente parte «¡Sin novedad mi capitán: han matado al centinela!».

El asalto a la ciudad y la toma del polvorín fue un fracaso, pero la ciudad quedó sitiada pues los puestos del interior (incluidos Tiluin y Telata, donde se registraron los principales enfrentamientos) tuvieron que ser abandonados para construir un cinturón defensivo en torno a la capital, que se sostendría durante toda la guerra.

Al mismo tiempo el Sáhara Occidental fue atacado y es allí donde se peleó la batalla más sangrienta, la de Edchera, donde hubo 37 muertos y 50 heridos por parte de los legionarios españoles. El Sáhara fue reconquistado en febrero de 1958 gracias a la acción conjunta de los ejércitos franceses (presente entonces todavía en la vecina Mauritania y en Argelia e interesado en acabar con el peligro guerrillero) y el español en una campaña en que se emplearon 130 aviones (60 españoles y 70 franceses) y 14.000 soldados (9.000 españoles y 5.000 franceses).

El 1 de abril se firmaron los Acuerdos de Angra de Cintra por los que España entregaba a Marruecos la zona de Tarfaya



(Cabo Juby para los españoles) al norte del Sáhara Occidental, pero no este territorio ni el de Ifni, aunque la zona ocupada nunca se recuperó. Es decir, en adelante Ifni se redujo a la capital, Sidi Ifni. El general Mariano Gómez de Zamalloa, gobernador general del África Occidental, recibió el 20 de junio de 1958 un telegrama de Madrid: «Representantes bandas armadas asegura a partir 12.00 horas día 30 harán alto el fuego ese sector. Observe cuidadosamente actitud enemigo, extremando precaución. Fuego propio totalmente prohibido. Aviación no debe volar». La guerra había terminado. Su saldo: de 200 a 300 entre muertos y desaparecidos y 500 heridos para los españoles y unas cifras superiores, pero no conocidas, para los marroquíes.

EL BAUTISMO DE FUEGO

Desde el primer día los recién llegados tuvieron noticia de lo que era la guerra. Fueron recibidos a tiros ya de entrada y al día siguiente, sin más, los enviaron al frente a reforzar posiciones que había que recuperar, en concreto para fijar una línea defensiva «de playa a playa en torno a Sidi Ifni a una distancia de 5 km más o menos». Para alcanzar un punto estratégico de esa línea, la cota 340, necesitaron 10 días. Todo el material pesado lo tuvieron que transportar a la espalda, además

IFNI

Ifni es un territorio al suroeste de Marruecos, que hoy pertenece a la provincia de Agadir, de 1.502 km², cuya población -mayoritariamente perteneciente a los «ait Ba Amaram» (baamaraníes)- era en 1958 de unos 50.000 habitantes. El territorio es una faja costera de 84 km de largo y 25 km de anchura, situado a unos 300 km de Lanzarote. Su clima árido sólo permite la práctica de la ganadería extensiva, economía que se acompaña de una cierta actividad pesquera. Ifni fue colonia española desde 1860, cuando fue cedida por Marruecos a España después de una corta guerra dirigida por el general Prim en tiempos de Isabel II, con O'Donnell como jefe de gobierno. El territorio, en realidad, no fue ocupado por España hasta la II República, cuando el coronel Capaz tomó posesión de la zona en 1934. Tuvo la condición de protectorado hasta 1952, cuando pasó a formar parte del África Occidental español (con el Sáhara Español y Cabo Juby). En la guerra de 1957-58 perdió España buena parte de su territorio; sólo mantuvo el que rodeaba a la capital Sidi Ifni («Ciudad de las flores»), retrocedido finalmente a Marruecos en 1969 (el territorio de Ifni, por la resolución 1514 de la ONU de 1960 sobre descolonización, había sido incluido como Territorio No Autónomo y en la 2017 de 1965 se instaba a España a su descolonización).



Gila y Carmen Sevilla animando a las tropas en el día de Nochevieja de 1957 (Foto *La mirada del Tiempo*, El País vol. 5).

de un equipaje que ya pesaba de por sí unos 30 kg. Más tarde, asegurada la posición, construirían pistas para los camiones. Un paisaje muy inhóspito, "como el de Sierra Palomita; la poca tierra que había era muy pedregosa y con mucha arena. Había muchos cactus y matorral... y muchos chacales".

En la cota 340 estarían como un mes. Allí, experimentaron la angustia de la trinchera, «se moría de noche y a los enemigos casi ni llegabas a verlos». La tensión colectiva hacía desencadenar una tormenta de fuego a lo largo de la línea de defensa al menor atisbo de peligro, «una sombra que parecía moverse, quizás un animal, y ya estaba liada».

El peor momento fue un asedio que vino a durar cinco o seis horas hasta que llegó un avión Junker, que empezó a lanzar bidones de gasolina sobre el enemigo y los mantuvo a raya. Después, una sección (dos pelotones) de la legión, unos 35 ó 36 soldados, se hizo con la posición y la consiguieron mantener. «En ese ataque mi sección fue la que recibió más fuego en la misma posición, fuego de ametralladoras y 14 granadas de mortero que nos cayeron en un espacio de media hora. Las granadas de 81 mm eran españolas y fueron muy certeras». Se constataba así que mucha munición y armamento habían sido robados de los cuarteles españoles posiblemente por los mismos soldados de las tropas indígenas españolas que habían desertado y que quizá fueran los encargados de manejarlos con tanta pericia.

Hubo 12 muertos entre los defensores y numerosos heridos, entre ellos el sargento José Peiró, el único de los de Zaragoza, pero no gravemente.

A su pelotón, compuesto por dos escuadras con sendas ametralladoras, y a él como cabo primero los enviaron más tarde con una compañía del regimiento «Soria 9» a la posición Usugún (Alat Ide Usugún), una aldea de casuchas en una elevación del terreno que costó mucho conquistar. El «Soria 9» tuvo algunas bajas: el teniente Carrasco y dos soldados. Ángel pudo observar imágenes de inusitado sadismo como el de un cuerpo de un soldado español caído terriblemente mutilado, «aún estaba caliente, le habían sacado los ojos y cortado los tes-



tículos..., se ensañaron con él». También pudo ver los cadáveres de siete u ocho marroquíes.

Alcanzar esa posición les había costado seis días, cuatro de los cuales permanecieron «parados, desorientados, comiendo hierbajos e higos chumbos y no éramos los únicos, había más gente perdida por ahí. Nos esperábamos lo peor hasta que un día, al amanecer, vimos las bengalas de la Legión y fuimos hacia ellos, aunque casi no podíamos andar».

De Usugún, mezclados con otras fuerzas, ya no se movieron. Permanecieron unos cuatro meses, dos de los cuales, incomunicados respecto de sus compañeros de Zaragoza. Les dieron por desaparecidos y, al parecer, por Andorra se corrió que Ángel había muerto.

Del enemigo, Ángel tenía la idea de que no se trataba de un ejército regular, que era «como una guerrilla de los maquis». Llevaban fusiles checos, que ellos denominaban «pacum» por el ruido de su disparo, morteros y ametralladoras.

Pero el español tampoco podía considerarse un ejército serio; deficientemente armado con material procedente de la segunda guerra mundial, en muchos casos obsoleto o inservible, con poca

El ejército de liberación y el nacionalismo marroquíes

El Ejército de Liberación Marroquí tenía como objetivo en los años 50 la liberación de la presencia colonial en todo el Norte de África, no sólo de Marruecos. Sin embargo el nacionalismo burgués había alcanzado el poder en Marruecos con su independencia en 1956. El Istiqlal, el partido que lo representaba, ocupó ocho carteras en el primer gobierno de Mohamed V. El Ejército de Liberación ya sobraba entonces, por lo que parte de sus fuerzas fueron enroladas en la FAR, el ejército de la monarquía. Sin embargo otros quedaron al margen, sufriendo algunos de sus dirigentes una dura represión. De ellos, unos 50.000 estaban en el sur, excusa que sirvió España para no entregar en 1956 la provincia de Tarfaya (Cabo Juny).

La idea del «Gran Marruecos», lanzada en 1955, volvió a recuperar fuerza en forma de reivindicación nacional sobre los territorios de Ifni, Tarfaya y el Sáhara, cuyas riquezas mineras ambicionaba la burguesía marroquí. Y, de paso, la consigna ampliaba las perspectivas del Istiqlal con nuevos objetivos nacionalistas. La monarquía hizo suyo este proyecto, dirigido personalmente por el príncipe heredero, el que luego reinaría como Hassan II. La carne de cañón para su ejecución habría de ser ese Ejército de Liberación discolo, convenientemente manipulado, que creía estar al servicio de esa emancipación del Magreb. De esa manera, por una parte, se conseguía alejar de la política estrictamente marroquí a esos molestos irreductibles y, por otra, enmascarar el conflicto hispano-marroquí como una guerra irregular, no oficial.



Veteranos reunidos (abril de 2006) en un restaurante de Zaragoza con Ángel Roqueta, sentado, en el centro (Foto cedida por A. Roqueta).

Ángel en su posición del frente (Foto cedida por A. Roqueta).

La falsedad histórica de un colonialismo insostenible

El franquismo orquestó toda una falacia para justificar el mantenimiento de un colonialismo trasnochado, sosteniendo una serie de razones históricas inventadas como razones para la presencia de España en Ifni, que no se correspondía con la verdad histórica.

La factoría de Santa Cruz de Mar Pequeña, enclave conquistado por Diego García de Herrera en tiempos de los Reyes Católicos y que supuestamente justificaba la ocupación de Ifni, no estaba realmente en esa posición, sino más al sur, en el Sáhara Occidental. Sin embargo, fue ése el caballo de batalla en las discusiones entre Marruecos y España desde que fue declarado tal origen en el Tratado de Rey y Amistad con que se cerró la guerra hispano-marroquí de 1860.

Sidi Ifni hoy

Sidi Ifni ("Ciudad de las flores"), la ciudad que levantaron ingenieros militares españoles a lo largo de tres décadas, sigue existiendo todavía, sólo que bastante abandonada.

Sidi Ifni vivió su época dorada entre 1958 y 1969. En esos once años el gobierno español invirtió en calles, en edificios y hasta construyó un sorprendente y carísimo puerto, abandonado después por Marruecos, de la misma manera que el aeródromo. Con todo, quedan restos de la presencia española: el hotel «España» se llama ahora «Belle Vue», el «Suerte Loca» se sigue llamando así, en el antiguo ayuntamiento pone ahora «Hotel de Ville», la iglesia de Santa Cruz son los actuales juzgados, el palacio del gobernador pasó a ser el de Hassan II, que no lo ocupó nunca, y la Pagaduría militar continúa también en pie; así como los edificios, muy transformados por sus ocupantes, del barrio militar de Colominas. Quedan también algunos baamaraníes que cobran pensiones del gobierno español y otros que añoran los buenos tiempos de los españoles.

Hoy Sidi Ifni es un paraíso para el turismo exótico que huye de las rutas habituales, aunque es bien cierto que ello es posible gracias a la despreocupación del gobierno marroquí por su desarrollo.



munición (su compañía usó la que había transportado desde Zaragoza), mal vestidos (salvo los paracaidistas que llevaban botas, el resto calzaba alpargatas) y peor alimentados. «El rancho, el de siempre, garbanzos, patatas, habichuelas, latas de sardinas y alguna lata de carne. Pero poco, un chusco para dos. Pasamos mucha hambre. José Alquézar Bielsa, «el Celso», llegó a pesar 35 kilos. Hubo donativos que llegaron desde la península para Navidad, pero lo poco que se repartió estaba en malas condiciones. No tuvimos una comida decente hasta Canarias».

El aprovisionamiento de la comida se hacía a los puntos avanzados mediante camiones pues no había cocina de campaña. En los primeros momentos llegaron a lanzarles la comida desde aviones, con muy poca precisión, por lo que buena parte se iba para el enemigo, y «el agua la lanzaban en cámaras de ruedas, pero al llegar al suelo muchas estallaban».

Tampoco el servicio sanitario era como para estar contentos, sólo disponían en el frente de «sanitarios nada más: ni médico, ni practicante. Estaba prohibido ponerse malo». Sólo había un hospital de campaña en Sidi Ifni; a los heridos graves los evacuaban a Tenerife.

A Sidi Ifni Ángel sólo fue en un par de ocasiones, de permiso. «Era un pueblo pequeño, pero muy coquetón con casitas muy majas, de los militares, el cine Avenida y el edificio de Correos. No había puerto». ¿Qué se podía hacer de permiso?, «pasar

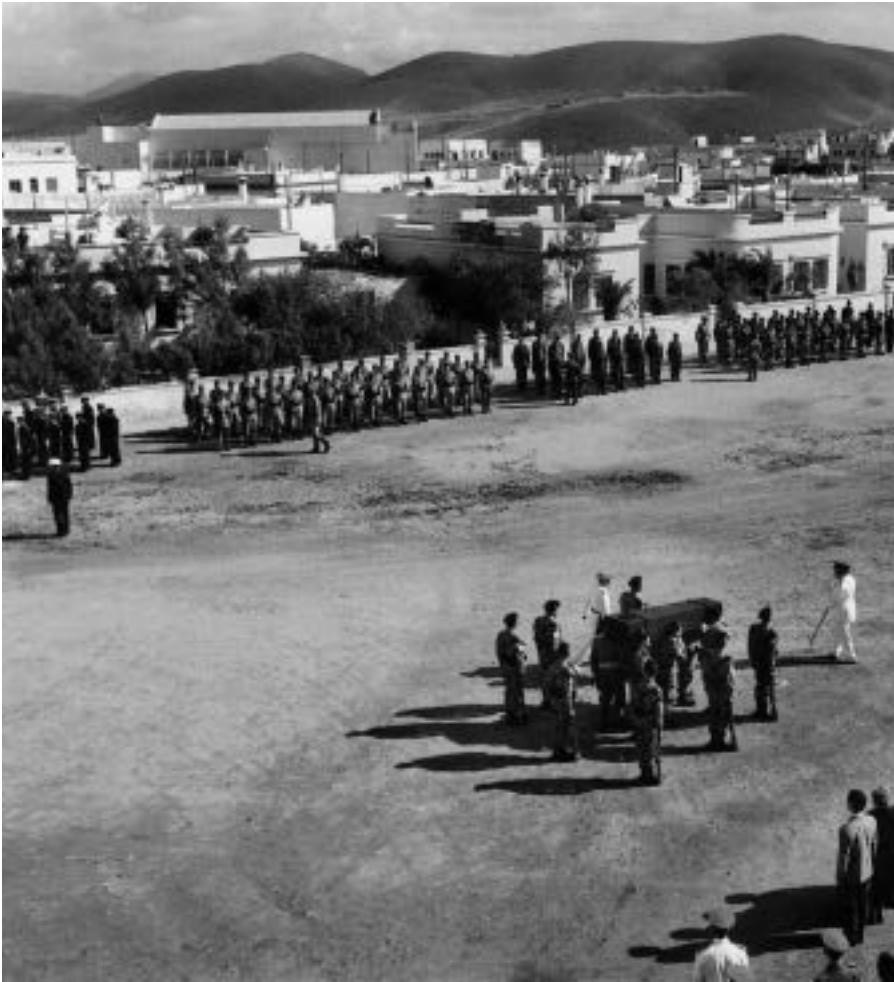
el día por ahí y beber como un cosaco en los tres o cuatro bares, con militares exclusivamente. Había también un prostíbulo militarizado, pagado por el Ejército».

Lo que más sigue sorprendiendo a Ángel es la desinformación tan absoluta en que se vivía. «Había un mutismo total. De los muertos sólo sabíamos de los que vimos; aunque lo del Alférez Rojas no lo pudieron tapar. Nadie decía nada. Los oficiales tenían sus reuniones en el «Imperio» (el bar de los oficiales) y después, en las reuniones de suboficiales y cabos, transmitían las estrategias». Esta falta de información les hizo vivir en una falsa realidad, nunca supieron cuál era la situación real. «Nos tenían engañados porque creíamos que había 13.000 soldados en Sidi Ifni... y la marina... y la aviación. Luego empezaron a desconfiar porque nunca llegaba el relevo. Estábamos más solos que la una. Se hablaba de banderas de paracaidistas y de la Legión, pero estaban en el Sáhara. Estábamos la gente justa».

Lo único que circulaba era «al mes que viene nos vamos, pero eso nunca llegaba». Aunque sí, al final todo llega. «¡Mañana nos relevan!... y hubo que contar la munición para entregarla: no he sentido tanta alegría en toda mi vida». Por fin, la vuelta. Eso sucedió el 26 de junio de 1958. En total había estado en Ifni seis meses.

EL REGRESO

Los anfibios les transportaron al barco que les habría de llevar a Canarias. «Fue un



Honras fúnebres en honor del teniente Antonio Ortiz de Zárate, muerto en combate, al que le impuso la Medalla Militar el gobernador del África Occidental, el general Mariano Gómez de Zamalloa, en la foto vestido de blanco y con bastón. Sidi Ifni, 7 de diciembre de 1957) (Foto *La mirada del Tiempo*, *El País* vol. 5).

drama. Había que escalar por unas redes descolgadas por el costado del barco, pero el oleaje hacía oscilar lateralmente al barco con lo que o subías en el momento justo o el movimiento te metía en el mar». De ese barco, el «Ciudad de Alicante», desembarcó el relevo de las tropas que se iban. Con ellas estaba José Blasco "el Torero", amigo de Ángel desde la infancia, con el que se cruzó en los anfibios que iban y venían sin poderse saludar más que con unas señas, sin poder hablar. «Fue una sorpresa. Lo habían destinado a Tiradores de Ifni. Allí estubo toda la mili, pero no lo pasó tan mal. No tuvieron que ir al frente».

Tres días pasaron Ángel y sus compañeros en un cuartel de Las Palmas hasta que un trasatlántico, el «Cabo de Hornos» —que traía en uno de sus últimos viajes, legionarios y otras fuerzas licenciadas procedentes de Villa Cisneros, en el Sáhara— les condujo a Cádiz. De allí, en tren a Zaragoza, «donde desfílamos por la calle Madre Sacramento en medio de una multitud».

Los de la quinta ya no durmieron en el cuartel, pero Ángel sí, porque se había reenganchado. «Yo enseguida me di cuenta de que para militar no valía. Sin embargo, aunque me tocaba licenciarme en Ifni, firmé por dos años. Para que no dijeran que lo hacía por miedo». (Volvió a su regimiento y trabajó en la imprenta de Capitanía, con cuatro soldados a sus órdenes, hasta que se licenció el 30 de abril de 1960).

Después de ocho o diez días en cuarentena («piojos llevábamos a camionadas»), le

dieron 40 días de permiso. En Andorra se celebraron a su llegada una misa en San Macario —que habían ofrecido sus padres— y una comida en casa de los Roquetas. «En Andorra no se hacían cargo de lo que pasó, no me creían, se pensaban que eran fantasías. Las familias sí que sabían que había guerra, por las cartas. Aparentemente las cartas no fueron censuradas».

Desde hace 10 años los veteranos se reúnen para recordar y reivindicar su guerra. El año pasado, el 22 de abril, en El Soto, un club militar en el barrio de la Almozara de Zaragoza, se juntaron tres cabos primeros y 42 soldados, casi todos aragoneses. Para el año que viene, cuando se cumpla el 50 aniversario del comienzo de la guerra, intentarán conseguir una celebración más sonada y más nutrida, al menos como la de la primera reunión, en la que hubo unos 100 excombatientes.

Como fondo, una esperanza: la de que se les reconozca oficialmente y con todos los honores (de forma colectiva, porque Ángel tiene concedida una medalla al mérito militar) su participación en una guerra, que se les dé «el mismo tratamiento que a los que han estado recientemente en los Balcanes». Un reconocimiento que lleva aparejado compensaciones económicas.

Ángel Roqueta está convencido de que lo lograrán. El Grupo Catalán tiene presentada en el Congreso una proposición no de ley y parece contar con todos los apoyos. Que así sea. ■

Para saber más

Quien quiera ahondar más en este conflicto puede leer a los siguientes autores y podrá comprobar cómo se corresponden fielmente las impresiones y vivencias que nos cuenta Ángel Roqueta con sus investigaciones. La mejor historia de la guerra de Ifni así como de la descolonización del Sáhara la ha hecho el historiador y militar J. R. Diego Aguirre en sus libros *La última guerra colonial de España: Ifni-Sáhara 1957-58* (Málaga, Algazara, 1993), anticipado en un artículo del mismo título en *Historia 16* (nº 167, 1990), e *Historia del Sáhara Español* (Madrid, Kaydada, 1988). Los aspectos técnicos y las fuerzas militares, sobre todo en relación a los paracaidistas, los ha estudiado Alfredo Bosque, en su tesis doctoral (Universitat de Barcelona, 1997) y en el libro *Guerra de Ifni: las banderas paracaidistas 1957-58* (Madrid, Almena, 1998); también colaboró con diversos artículos en *Historia 16* (nº 191/1992, 214/1994 y 263/1998). Los libros más recientes son el del escritor Gastón Segura Valero, que ha narrado lo investigado por los historiadores en *Ifni. La guerra que silenció Franco* (Madrid, Martínez Roca, 2006) y el de L. M. Vidal, *Ifni. La Prensa y la guerra que nunca existió* (Madrid, Almena, 2006), en el que se explica la censura y el falseamiento de los hechos que hicieron posible ese carácter de «guerra oculta». Amadeo Martínez Inglés dedicó a este conflicto un capítulo, que subtítulo *La guerra de Gila, en su acerada España indefensa* (Barna., Ediciones B, 1989). En internet se puede consultar «*La falacia histórica sobre la colonia de Ifni*» de Guadalupe Pérez García (www.ucm.es). Desde el punto de vista literario, de las obras que directa o indirectamente hacen referencia a esta guerra (Martínez Reverte, Félix Romeo, Manuel Rivas), merece la pena leer la novela de Jesús Torbado *El imperio de arena* (Barna., Plaza&Janés, 1998), muy bien informado históricamente y con conocimiento del lugar.